

alojarse en tiendas (1692), cuyos desastres se tomaron como una señal de reprobación celeste, y en su consecuencia se concedió un perdón general (5). Los misioneros fueron á pesar de esto desterrados

(5) El padre Verbiest conservó en la corte sus costumbres austeras, llevando el cilicio debajo de sus magníficos vestidos. Murió en 1688 á la llegada de los nuevos matemáticos, y creemos se leerá con placer la descripción de sus funerales: el emperador mismo compuso su oración fúnebre para que fuese pronunciada delante de su catafalco después de los honores de costumbre. Considero, decía, que el padre Verbiest abandonó la Europa voluntariamente para venir á mi reino, y pasó gran parte de su vida consagrado á mi servicio. Debo declarar en honor suyo que en todo el tiempo que presidió á los matemáticos jamás salieron falsas sus predicciones. Dócil además á mis órdenes, se mostró siempre exacto, fiel, asiduo al trabajo y de un carácter igual. Cuando supe su enfermedad, le envié mi médico; pero cuando llegó á mi noticia que el sueño de la muerte le había separado de nosotros, sentí el mas vivo dolor. Envié doscientas onzas de plata y muchas piezas de seda para honrar sus exequias, y quiero que este edicto sea un testimonio público de mi sincero afecto.

Muchos grandes, siguiendo el ejemplo del emperador, hicieron el elogio del padre, y sus escritos se pusieron de manifiesto en la sala donde estaba espuesto. El día de los funerales envió el emperador para que le representase su suegro con uno de los principales personajes de la corte, un gentil hombre de cámara y cinco oficiales de palacio. El cadáver estaba encerrado en una caja de madera de cuatro pulgadas de espesor, barnizada y dorada, la cual fué espuesta en la calle bajo un dosel blanco, que es el color de luto en la China, y con guirnalda de diversos colores, para ser después conducido en hombros de sesenta hombres. El duelo atravesó dos largas calles precedido por un cuadro de veinte y cinco piés de altura por cuatro de largo, en el cual estaban escritos en letras de oro sobre fondo encarnado los nombres y títulos del difunto: marchaba á la cabeza una música, y enseguida una comparsa con banderolas, estandartes y guirnalda. Seguía luego una gran cruz adornada también con banderolas, entre dos filas de cristianos que llevaban una vela en una mano, y en la otra un pañuelo para enjugarse las lágrimas. Después seguía una imagen de la Virgen y de san Miguel, con muchos adornos y el retrato del difunto con su elogio compuesto por el emperador; enseguida los cristianos y los misioneros, de luto, en fin, el catafalco en medio de los personajes enviados por la corte y otros señores á caballo: cerraba la marcha un piquete de cincuenta caballos: cuando se hubo llegado al lugar de la sepultura, y terminadas las ceremonias católicas, se arrodillaron los misioneros para oír al suegro del emperador que se espresó así en nombre del monarca: *El padre Verbiest ha prestado grandes servicios al Estado, y su majestad, que está persuadido de ello, me ha enviado con sus señores para tributarle públicamente este homenaje y dar una prueba del singular afecto que siempre le tuvo, así como del dolor que le ha causado su muerte.* Los misioneros contestaron como convenia: después de algunos días, el tribunal de los ritos presentó al emperador una demanda, á fin de que se hiciesen nuevos honores al difunto. El monarca decretó setecientos taels de plata para construirle un sepulcro, y además hizo grabar en el mármol el elogio que le habia compuesto. El italiano Grimalde sucedió al padre Verbiest en la presidencia del tribunal de los matemáticos.

enseguida, á escepcion de cuatro, que se emplearon en obtener del gobierno que volviese á ser tolerante, demostrándole que la fe cristiana consistía en reverenciar al cielo, amar á los hombres, vencerse á sí mismo, realizar las leyes de la naturaleza, mostrarse fiel y sincero, observar la piedad filial y mantenerse humilde y modesto; preceptos recomendados por los libros chinos (6).

El tribunal de los ritos opuso entre otras cosas que esta religion admitia indistintamente los hombres y las mujeres; perdonaba los pecados por medio de aspersiones de agua, absolvía á los convertidos de todas sus faltas, ungió á los enfermos los cinco órganos de los sentidos para obtenerles la misericordia del Señor, no permitía las ceremonias prescritas por las costumbres chinas respecto á los muertos, deduciendo en su consecuencia que era inútil, y que las tres religiones, de los letrados, de Fó y de los tao-sse bastaban para enseñar á los hombres lo que tienen que hacer y de lo que deben abstenerse. Un consejo supremo de los grandes del reino emitió una opinion menos absoluta, y el emperador al adoptarla prohibió que fuese propagado el cristianismo y que se edificasen nuevas iglesias, pero dejó subsistir las existentes. Los jesuitas trabajaron tanto después, que obtuvieron del tribunal de los ritos una declaracion del todo favorable, en la cual se consignó que los jesuitas habian atravesado los mares y vastos territorios atraídos por la reputacion de la sabiduria china; que se ocupaban de la astronomia, de presidir el tribunal de los matemáticos, y de construir máquinas de guerra, cuyo socorro habia sido muy útil en las últimas guerras civiles; que habian servido en las embajadas de Moscovia; que jamás habia sido acusado ningun europeo de haber hecho daño á nadie; que la doctrina que enseñaban no era mala ni subversiva; que no era racional prohibir el ejercicio de su religion cuando estaba tolerado el de otras, y que por consecuencia el emperador obraba sabiamente permitiéndola.

Era de esperar que diese abundantes frutos esta perseverancia de los jesuitas en mantenerse en medio de este pueblo celoso, á pesar de los peligros renacientes que corrian, como centinelas avanzados de la civilizacion y de la religion; pero sus progresos fueron detenidos por las quejas que tanto preocuparon al siglo pasado, y que si el nuestro puede considerarlas como pueriles (7) causaron á no dudarlo, resultados muy deplorables.

(6) *Innocentia victrix sive sententia comitorum imperii sinici pro innocentia christiane religionis, lata juridice per annum 1669, et juss. r. J. Antonii de Govea s. J. de dem v. provincialis sinico-latine exposita*, Canton, 1671. Está grabada en madera.

(7) «Me engañé. Nuestro siglo ha vuelto á las cuestiones de los jesuitas, con toda la intolerancia de los tiempos de fe y la ligereza de los tiempos de incredulidad. Gioberti (*Jesuita moderno*, V, 79) quisiera que los jesuitas se hubiesen hecho imitadores de los buddistas. Puede imaginarse una institucion más civil que la de estos frailes y estas monjas de la Indo-China? Si los jesuitas, en vez de atacarlos, lo hubiesen imitado y sobrepujado, el cristianismo floreceria quizá á estas horas en las últimas regiones del Oriente.»

Cuestiones sobre los ritos chinos.—Habian ido á la China algunos monges jacobitas para ayudar á la obra emprendida por los jesuitas (1631), pero no pasó mucho tiempo sin que estallase entre unos y otros la discordia. Sabido es que los segundos representaban al partido liberal del catolicismo mostrándose condescendientes, siempre que era posible sin lastimar la conciencia, y contentorizando para no exigir demasiado, á fin de no esponerse á perderlo todo. Habian obrado en la China segun estos principios, y encaminándose siempre hácia su objeto, con mucha prevision y no con las ideas de una conciencia estrecha; habian permitido á los recién convertidos conservar ciertas ceremonias, que para ellos son una segunda naturaleza, por ejemplo, su veneracion por los antepasados y por Confucio, que llegando hasta la idolatria y siéndolo quizá en la manera de pensar del vulgo, no tiene este carácter en el ánimo de las personas ilustradas. Miraban los chinos como una cosa repugnante y de una inconveniencia inexcusable la ceremonia del aliento y la saliva que se usa en la celebracion del bautismo; los jesuitas, pues, creyeron poder suprimir estas dos ceremonias que nada tienen de esencial (8); por lo demás, su instituto les permitia adoptar los trajes del pais. Vivian en la corte, tomaban el titulo de doctores, como los sectarios de Confucio, y se servian de frases y modos parecidos á los del filósofo chino para insinuar las doctrinas católicas. Como los anales del imperio se remontaban á tiempos anteriores al diluvio, segun la Vulgata los misioneros recurrieron al cálculo samaritano para conciliar las épocas.

Los jacobitas educados en las ideas rigurosas del claustro, se escandalizaron al ver las concesiones de los jesuitas, y Juan Bautista Morales se apresuró á volver á Roma para acusarlos, obteniendo de la congregacion de la Propaganda la condenacion de esta manera de obrar; pero los jesuitas no se dieron por vencidos, y enviaron al padre Martini á dar esplicaciones al papa Alejandro VII: mejor informado por este padre la congregacion del Santo Oficio, declaró que las ceremonias relativas á los muertos eran puramente civiles, y que su interdiccion total era un obstáculo invencible para la conversion de los chinos. Esta decision restableció la paz, haciendo prosperar las misiones, á lo que contribuyó eficazmente la tolerancia de Kang-i, sin embargo, de que la ley prohibia formalmente á los chinos abrazar el cristianismo. Sólo las recomendaciones que los jesuitas obtenian de la corte habian cerrado los

ojos á los mandarines. No por esto estaban aquellos menos espuestos á los caprichos de estos funcionarios, á la enemistad de los bonzos, á la aversion innata en los habitantes por todo lo nuevo y á la indiferencia religiosa de los emperadores que á veces respondian á los misioneros: «¿Por qué os obstinais tanto por vuestra religion? ¿Por qué os cuidais tanto de un mundo en que no estais todavía? Gozad del tiempo presente. ¿Qué importa á vuestro Dios todos esos trabajos que os tomáis? El es bastante poderoso para hacerse justicia sin que mostreis tanto celo por sus intereses.

Finalmente, los señalados servicios hechos por los jesuitas, como matemáticos y médicos, arrancaron un edicto que concedía la libertad de cultos y hacia concebir las más lisonjeras esperanzas. Pero cuando Luis XIV envió á la China á los jesuitas matemáticos Fontenay, Gerbillon, le Comte, Videlou para recoger nociones científicas y para auxiliar á los que ya estaban allí, envió Inocencio XI algunos lazaristas de las misiones de Francia, y señaladamente á Carlos Maigrot. Este religioso, nombrado vicario apostólico de la provincia de Fu-Kien, proscribió irremisiblemente los ritos de los chinos en honor de Confucio y de los difuntos: prohibió emplear las palabras de *tien* y de *chang-ti*, que significan cielo, de las cuales se servian los cristianos para espresar Dios, á falta de expresion propia en la lengua china. Los jesuitas se opusieron á una medida que echaba por tierra su laborioso edificio, de lo cual resultaron quejas, y Maigrot fué insultado por el pueblo. Los jesuitas enviaron á Roma al padre Charmont, y se sometió la cuestion á varios miembros de la Inquisicion. Los jesuitas tuvieron grandes enemigos desde un principio, y el número de éstos se iba aumentando cada vez más; de manera que los doctores de Paris aprobaron el decreto de Maigrot y escribieron al papa, que recibia de todas partes quejas contra la idolatria de los jesuitas, cuyos enemigos se alegraron de tener un nuevo pretexto que alegar, y ciertamente el que menos aguardaban; pero el gran Leibnitz, que comprendió la verdad, defendió en esta ocasion la Compañia de Jesús de la cual se proclamaba, en lo demás, su constante adversario (9). Los hombres sensatos pueden creer que los jesuitas se hicieron culpables cuando más de respeto humano y de consideraciones políticas, pero el encarnizamiento de los agresores lleva con frecuencia á los queson atacados á la obstinacion y á la injusticia.

Cuestiones sobre los ritos malabares, 1595-1606

—Por todas partes se suscitaban quejas del mismo género. Muchos jesuitas, como ya hemos dicho, se habian establecido, para ejercer el apostolado, en el reino de Madura, en el Indostan, y en la costa del Malabar, donde el jesuita portugués Gonzalo Fernandez construyó una iglesia, una escuela y un

(9) *Noviss. Sinica*, 1697. Obras, t. IV.

hospital. El padre Roberto de Nobili, oriundo de una gran familia romana, contribuyó eficazmente, gracias á su ardiente celo, á que la religion hiciese notables progresos. Persuadido de que sus predecesores habian conseguido hasta entonces pocas ventajas, porque habian querido hacerse superiores á la preocupacion de castas y colocarse entre los parias, quedando así escluidos de las clases elevadas, y haciendo que éstas considerasen á Cristo como Dios de seres degradados, dedujo de aquí que si conseguia convertir los privilegiados, la humildad cristiana los escitaria después á tender la mano á los infortunados parias para elevarlos á la condicion de hombres. Esta manera de ver las cosas obtuvo la aprobacion del arzobispo de Cranganor, provincial de los jesuitas en la India: en su consecuencia, el padre Nobili, vestido de bramin y á manera de penitente, se abstuvo de comer carne, pescado, huevos, vino y licores fuertes, no comiendo más que legumbres y arroz una vez al día. Su habitacion fué una cabaña donde estudiaba la lengua tamúlica y el idioma de los letrados y las ceremonias, y no recibia más que á las personas de alta gerarquía. Provisto así de doctrina y de reputacion, se presentó á los bramines y como, segun ellos, habia cuatro modos de llegar á la verdad, de los cuales se habia perdido uno, les anunció que venia á enseñárselo. Después de haber justificado la nobleza de su raza, recibió sus visitas, pero se negó á salir de su cabaña para volvérselas, en atencion, decia, á que su devocion le prohibia ver á las mujeres. Al mismo tiempo que toleraba las preocupaciones de casta y las señales de distincion, separaba en la iglesia las clases altas de las inferiores, y cambiaba las espresiones rituales para sustituirlas con otras más elegantes. Consiguió hacer muchas conversiones, y rompió el cordón braminico por sugestion de sus neófitos, como hace el que quiere mostrarse como *sania* ó penitente; tomó el largo manto amarillo sujeto á la espalda con un lazo encarnado; se calzó las sandalias de madera, y llevaba en una mano una vasija de agua para las purificaciones, y en la otra un palo con una banderola. Sujetándose á estos actos esteriorez, logró convertir setenta bramines, sin hablar de los milagros, á los cuales no dejan de atribuir algunos las victorias que alcanzó sobre sus adversarios, refutados ó convencidos con sus palabras.

Los demás religiosos y los mismos jesuitas no podian aprobar estas escenas, ni las ceremonias que toleraba á los neófitos. Sin embargo, Roma condescendió y aprobó algunas de ellas. Habiendo muerto Nobili en Meliapur en 1656, otros jesuitas continuaron su obra de tal modo, que en 1700 adoraban á Cristo más de 150,000 indios. Todos los años representaban en su iglesia de Pondichery una tragedia cristiana. El argumento de la que dieron en 1701, fué san Jorge destruyendo los idolos; pero los idolos que le hicieron destruir, eran Brahma, Visnú, y los otros dioses adorados en el

pais. Esta imprudencia irritó á los naturales que se sublevaron y demolieron las iglesias por todas partes donde pudieron.

Las quejas sobre todos estos hechos llegaban á la vez á Roma, exageradas y desfiguradas por la distancia. Clemente XI, sin precipitarse, envió á aquellos sitios á Carlos Tomás de Tournon, patriarca titular en Antioquia, hombre de reputacion y de gran ciencia, confiriéndole una autoridad muy estensa y superior á todos los demás privilegios (1704). Llegado á Pondichery, dió un decreto proscribiendo las ceremonias adoptadas ó toleradas, llamadas *malabáricas*: prescribió observar en el bautismo todos los usos católicos, y en particular la saliva, la sal y el aliento, así como dar nombres de santos á los recién bautizados; prohibió alterar en la traduccion los nombres de la cruz, de los santos y de las cosas sagradas; celebrar los desposorios de niños menores de siete años, con el *tally*, collar simbólico que usan los indios en esta ceremonia, emplear la imagen del dios del matrimonio, así como las cintas de color de azafra y romper las nueces de coco. Quiso igualmente que las mujeres no fuesen obligadas á manifestar en público la prueba de su pubertad; que los socorros espirituales fuesen concedidos á los parias lo mismo que á las otras castas; que los cristianos no se bañasen como los indios; que los sacerdotes no se manchasen en el rostro con el excremento de vaca para fingirse *sania* ó bramines, y en fin, que no se tiesen el cuerpo ni leyesen los libros de los idólatras.

Viendo los jesuitas en estas prescripciones la ruina del cristianismo en aquellos países, reclamaron y obtuvieron una próroga por sólo tres años, y aun cuando después confirmó la inquisicion el decreto de Tournon, el gobernador de Pondichery declaró que el legado se habia escedido de sus facultades, y los jesuitas continuaron las prácticas malabáricas, á pesar de la oposicion de los capuchinos. Se prolongó después la querrela, dando nuevo motivo de acusacion á los enemigos de los jesuitas, que los tacharon de desobediencia al papa, después de haberlos insultado hasta entonces como ciegos campeones de la Santa Sede.

Tournon se presentó en la China, donde tenia que examinar las mismas cuestiones: los jesuitas lo presentaron al emperador, pero cuando se estaba discutiendo el negocio recibió el legado y publicó inmediatamente, bajo pena de excomunion, la decision del Santo Oficio, prohibiendo el uso de las palabras profanas y de los ritos mortuorios. Los jesuitas, como es fácil suponer, se alarmaron vivamente, pero más todavía los chinos, que se sentian lastimados en sus más arraigadas opiniones respecto á la veneracion debida á los difuntos: la autoridad del emperador tambien quedaba resentida, en el hecho de publicar en sus Estados unas decisiones contrarias á lo que él tenia mandado.

Los jesuitas dirigieron al emperador una peticion, concebida en estos términos: «Suplicamos á V. M. que nos dé aclaraciones positivas sobre

los puntos siguientes: Los letrados de Europa han sabido que en la China se practican ciertas ceremonias en honor de Confucio; que se ofrecen sacrificios al cielo, y que se observan ciertos ritos particulares respecto á los antepasados. Ignorando el verdadero sentido de estos ritos, pero persuadidos de que están fundados en la razon, os ruegan encarecidamente los referidos letrados, que los instruyais en ellos. Nosotros hemos creído siempre que Confucio era honrado por los chinos como legislador, y que las ceremonias celebradas en su honra, sólo se practicaban bajo este aspecto; que los ritos para con los antepasados, eran únicamente para manifestarles el amor que se les conserva y para consagrar los recuerdos del bien que hicieron en vida: los sacrificios no se hacen al cielo visible, sino al Ser Supremo, autor y conservador del universo. Tal es la significacion que nosotros hemos aplicado siempre á las ceremonias chinas, pero como algunos extranjeros han creído poder decidir sobre este hecho importante con tanta seguridad como los chinos, nos atrevemos á suplicar á V. M. que no nos niegue la luz que le pedimos.»

Kang-i, á quien debian causar estas discusiones una estraña sorpresa, habló en sentido favorable á los jesuitas; pero de aquí resultó mucho des crédito para la doctrina católica entre los letrados chinos: «¡Cómo, decian, venis á predicarnos vuestra doctrina como la única verdadera, y no podeis aveniros entre vosotros mismos acerca de la verdad!» Kang-i acogió bastante mal al patriarca de Tournon, indignado al ver que personas estrañas pretendiesen, no sólo establecer nuevos ritos en sus Estados, sino abolir y censurar los antiguos, y hasta aquellos que practicaba la clase más instruida é inteligente. En vano mandó á Roma el emperador dos jesuitas para reclamar. Clemente XI, por la bula *Ex illa die*, creyó deber mantener el decreto, y prohibir todos los escritos relativos á los ritos chinos: conminó á todos los prelados eclesiásticos, y particularmente á los jesuitas, con la pena de excomunion mayor, si no ejecutaban con puntualidad esta bula, cuyo cumplimiento debia jurar todo misionero antes de emprender su viaje. El franciscano Carlos Castorani, que la publicó en las iglesias de la China, fué perseguido por este hecho, puesto en prision como rebelde y obligado á retractarse. Otros eclesiásticos que obedecieron al legado apostólico, fueron tambien perseguidos y espulsados. Pero como el principal objeto que se proponia el gobierno chino era el de conservar la tranquilidad pública, creyó que el mejor partido que debia tomar para conseguirlo, era espulsar á todos los misioneros, concediendo, sin embargo, una autorizacion especial á los que adoptasen la doctrina de Confucio y los ritos que se discutian. Tournon fué preso, y murió en la carcel.

Con el fin de calmar estas diferencias envió Clemente XI á Macao, en calidad de legado, á Carlos Ambrosio Mezzabarba, patriarca titular de Alejandria (1721). El emperador le recibió con fi-

nura, pero escribió debajo de la constitucion que aquél habia llevado de Roma: «Este decreto no se refiere más que á viles europeos; ¿cómo podrian ellos decidir nada sobre la grande doctrina de los chinos, ellos que ni aun entienden la lengua? claro es que su secta tiene mucha semejanza con la de los bonzos y de los tao-se, que mantienen entre sí terribles discordias. Es necesario, pues, prohibir á los europeos que prediquen su ley en la China, á fin de evitar conflictos desagradables.»

El legado Mezzabarba se contentó con hacer circular una carta patente, autorizando á los cristianos chinos á colocar en sus casas pequeños cuadros en honor de sus mayores, con la condicion de venerarlos con inocentes ceremonias, las cuales no degenerasen en culto supersticioso, y tambien tributar á Confucio un culto civil y puramente humano, hasta quemar en honor suyo inciensos y velas, colocando manjares delante de las tablas en que estaba escrito su nombre, y finalmente arrojarse, tanto delante de ellas como delante de los catafalcos y de los nombres de los difuntos. Al regreso del legado, estaba ocupada la silla pontificia por Inocencio XIII, que desaprobó su conducta y exigió que los jesuitas aceptasen íntegra la bula de 1715, bajo la pena de caer en su indignacion; pero la muerte de Kang-i vino á cortar esas diferencias.

A los sesenta y nueve años continuaba ejecutando los ejercicios á que se habia acostumbrado desde su primera juventud. Su testamento estaba concebido en estos términos: «Yo, emperador que venero al cielo y estoy encargado de la revolucion, hago este edicto y digo: En ningun tiempo ha habido un emperador entre todos los que han gobernado el universo que no estuviese obligado á reverenciar al cielo y á imitar á sus mayores. El verdadero modo de hacerlo es tratar con bondad á los que están lejos y colocar segun su mérito á los que están cerca: así se procura al pueblo el reposo y la abundancia; se hace del bien de todos su bien propio, y su corazon del corazon de todos; se preserva al Estado de los peligros que sobrevienen y se conjuran las desgracias posibles. Han pasado más de cuatro mil trescientos cincuenta años desde el año Kia-tse de Hoang-ti, y en el curso de tantos siglos se cuentan trescientos un emperadores; pero pocos han reinado tanto como yo: veinte años después de haber sido elevado al trono me parecia que era mucho llegar á los treinta, y sin embargo, estoy en los sesenta. El Chu-King hace consistir la felicidad en cinco cosas: larga vida, riquezas, tranquilidad, amor á la virtud y un fin dichoso; este último es el mayor de los bienes, porque es el más difícil de obtener. Ya he vivido bastante; he poseído tantas riquezas como existen entre los cuatro mares; soy padre de ciento cincuenta principes entre hijos y nietos, y de mayor número de hijas; dejo el imperio en paz y contento; mi felicidad puede llamarse grande, y si no me sucede ninguna otra cosa, muero satisfecho.»

»Aun cuando no me atrevo á decir que he corregido las malas costumbres, ni que he procurado la abundancia á cada familia y lo necesario á cada individuo, en lo cual no puedo ser comparado con los santos emperadores de las tres primeras dinastías, creo, sin embargo, poder asegurar, que en mi largo reinado, sólo he procurado conservar una paz profunda en el Imperio y hacer felices á mis súbditos según su estado respectivo; para conseguirlo, he empleado asiduos cuidados, un increíble ardor y un trabajo indomable que ha destruido mi cuerpo y mi espíritu. Desde mi primera infancia me he aplicado al estudio y he adquirido el conocimiento sumario de las ciencias antiguas y modernas. En el vigor de la edad he podido tender los arcos de quince fuerzas y lanzar flechas de trece palmos de longitud; he manejado bien las armas, me he puesto á la cabeza de los ejércitos, y he adquirido mucha experiencia. No he hecho morir en mi vida á nadie sin motivo: he apaciguado la insurrección de tres reyes chinos, y he rescatado las provincias del Norte: expediciones concebidas y conducidas por mí mismo. No me he atrevido á hacer ningún gasto inútil de los tesoros imperiales, cuya guarda está confiada al tribunal de los tributos, que son la sangre del pueblo. He tomado solamente lo que ha sido necesario para mantener los ejércitos y atender á las carestías. No he permitido cubrir de seda las casas de los particulares en que me detenía cuando viajaba para visitar el imperio, ni querido que escudiesen los gastos en cada localidad, de veinte mil onzas de plata (150,000 pesetas); lo cual parecerá bien poco si se considera que gastaba anualmente más de tres millones de onzas de plata en sostener y reparar los diques.

»Los reyes, los grandes, los oficiales, los soldados, el pueblo, todos, en una palabra, me muestran adhesión y se afligen al verme tan avanzado en edad. Si mi larga carrera ha concluido, abandonaré la vida con satisfacción. Yung-ching, mi cuarto hijo, es un hombre raro: se me parece mucho y le creo capaz de soportar el pesado encargo que le dejo; ordeno que suba al trono después de mi muerte.»

Yung-ching.—En efecto, Yung-ching sucedió á su padre á la edad de cuarenta y cinco años (1723). Este príncipe mandó que nadie fuese conducido al cadalso antes de que el proceso se hubiese sometido por tres veces al emperador; que el impuesto fuese pagado, no por los arrendatarios, sino por los propietarios de las tierras; que los gobernadores de las ciudades le enviasen todos los años el nombre del paisano de su distrito, que se distinguiese por su trabajo ó por una conducta irreprochable, por el buen orden en su manejo interior y por su frugalidad. Elevaba á este paisano á la categoría de mandarín ordinario de octava clase, lo cual le confería el derecho de vestir el traje de magistrado, de visitar al gobernador, de sentarse en su presencia y de tomar el té con él. Como no

cesaban los á letrados de pintarle á los misioneros bajo los más negros colores, sólo conservó aquellos cuyos servicios eran útiles al gobierno, dejándolos únicamente en las dos ciudades de Pekin y de Canton; les quitó trescientas iglesias, dejando trescientos mil prosélitos sin sacerdotes y sin instrucción.

La Inquisición.—Mientras tanto el papa Clemente XII había sometido nuevamente la cuestión debatida, no ya al colegio de la Propaganda, sino á la Inquisición. La bula *Ex quo singulari*, que dió por sugerencias del padre Castorani, revocó las concesiones del legado Mezzabarba, y en ella se mandaba observar rigurosamente la de Clemente XI y abstenerse de todas las prácticas supersticiosas. Aunque no se nombraba en ella á los jesuitas, había ciertas frases que demostraban poca benevolencia para con ellos. La llegada de esta bula suscitó una terrible persecución en la China, y el emperador respondió á los jesuitas que le dirigieron sus quejas: «He debido remediar los desórdenes escitados en el Fu-Kian. ¿Qué diríais vosotros, si yo mandase á vuestro país una compañía de bonzos ó de lamas? En tiempo de Ricci erais muy pocos, y no teníais discípulos ni iglesias; durante el imperio de mi padre os habeis multiplicado; pero si conseguisteis engañarle, no esperéis hacer otro tanto conmigo. Queréis que todos los chinos se hagan cristianos y vuestra ley os lo impone; pero ¿qué seríamos nosotros entonces? los vasallos de vuestros reyes. En tiempos de turbulencias, los súbditos no escucharían más voz que la vuestra. Yo bien sé que al presente no hay nada que temer; pero cuando los barcos vinieran á millares, podría haber peligro.»

La desconfianza había entrado quizá por mucho en esta persecución, con tanta más razón, cuanto que los holandeses habían hecho de la religión un instrumento para insinuarse en el Japon, donde, según se decía, pretendían dominar. Además, los letrados y los mandarines se apoderaban á porfía, por celos de saber y de autoridad, de todas las ocasiones para desacreditar á los Padres, de todo lo cual resultó la expulsión del cristianismo, con raras escepciones. En el número de los que fueron perseguidos á causa del cristianismo, se contaba una familia descendiente del hermano mayor del fundador de la dinastía, y los miembros de ella fueron desterrados á la Tartaria, despojados de la categoría de príncipes y vigilados con rigor y hasta con crueldad. El jefe de esta familia se sometió al destierro con treinta y siete hijos y nietos, casi otras tantas mujeres y trescientos servidores. Cuando se vió que no sucumbían á su desgracia, se les hizo conducir á Pekin, donde se les prometió rehabilitarlos si abjuraban, y amenazándoles con suplicios horribles si persistían en su error. Se negaron, pues, abiertamente, y fueron condenados á muerte, pero el emperador conmutó la pena en una rigurosa prisión.

Los jesuitas fueron conducidos á Macao (1732)

y la historia de Du Halde se terminó al mismo tiempo que la de sus relaciones con la China. La ilustrada Europa aplaudió una espulsión solicitada por sus propios príncipes, pero es sensible para la humanidad que la verdad no haya podido penetrar más en aquellos países, quedando reducido á esperar que le abran el paso las guerras homicidas.

Pedro Parisot, capuchino, natural de Lorena, conocido bajo el nombre de padre Norberto, y no menos sábio que intrigante, se había presentado como adversario declarado de los jesuitas en Pondichery, donde servía un curato. Desde allí volvió á Roma (1736), llevando un catálogo de agravios, tanto contra ellos, como contra su descendencia para con los ritos idólatras: escribió además las *Memorias históricas sobre las misiones de las Indias orientales* (Aviñon, 1742, 2 tomos), que es la obra más sangrienta que se haya escrito contra la Compañía. Apoyado en una multitud de documentos auténticos y en el odio público, obtuvo este libro un grande éxito, aun entre los hombres de buena fe. Benedicto XIV que había alentado al autor, lanzó entonces contra los jesuitas del Malabar, la bula *Omnium sollicitudinum*, prohibiendo sin escepcion las ceremonias extranjeras. Los jesuitas tuvieron que someterse, y desde entonces puede decirse que desapareció el cristianismo de estos países.

Los misioneros elogian al emperador de la China, aun cuando fué su perseguidor. Lo han representado como aplicado á los negocios, y cuidadoso de gobernar bien; buen escritor y amante de sus pueblos, de lo cual dió pruebas, principalmente cuando el terrible terremoto que destruyó á Pekin en 1731 en cuyas ruinas quedaron sepultados cien mil habitantes.

En 1721 había llegado á la China otra embajada mandada desde Moscou por el czar Pedro el Grande. El viajero inglés Bell d'Antermony que le acompañó, nos ha dejado su descripción. Escitó mucha curiosidad el ver entrar en Pekin este cortejo, vestido á la europea, en medio de tropa de caballería con sable en mano. El ceremonial exigía que todo embajador se prosternase, tocando nueve veces la tierra con su frente (*ku-tu*), y esto no sólo delante del emperador, sino también en presencia de los príncipes de la sangre, de los vi- reyes, mandarines y ministros: el embajador Ismailof temía por una parte el enojo del czar si se prestaba á esta humillación, y por otra se esponía, no haciéndolo, á suscitar un desacuerdo entre los dos imperios, malogrando así el objeto de su misión. Por fortuna se celebraba entonces la solemnidad del sexagésimo año del reinado del Kang-i, y el emperador deseaba que estos extranjeros fuesen testigos del esplendor de las fiestas, cuyo brillo se aumentaba con su presencia. Imaginó, pues, un expediente para salir del paso, que consistía en hacer que un mandarín prestase en su nombre un homenaje semejante á la carta que traía el embajador. El enviado ruso pudo entonces cumplir sin

escrúpulo los actos de respeto indispensables (10). La Rusia pedía la libertad de comercio entre los dos Estados y la facultad de establecer factorías en las principales provincias; pero Kang-i solo consintió que se estableciesen en Pekin y Chu-ku-pai-sing, en las fronteras de los eleutos. También obtuvo la Rusia la autorización para dejar un agente en Pekin, pero fué vigilado como prisionero y se le despidió en la primera ocasión.

Se reanudaron muy pronto las relaciones, siendo uno de los primeros actos de Yung-ching determinar los confines con Pedro I, que habiéndose extendido en perjuicio de los mongoles del Kaptchak y habiendo invadido la Siberia, se hallaba limitrofe con la China, al norte del país ocupado actualmente por los mongoles kalkas. Durante las guerras con Galdan se habían refugiado, después de su derrota, muchos mongoles al sudeste del lago Baikal, desde donde imploraron la protección de la Rusia, ofreciéndole ser sus vasallos. Como pertenecían á la secta de los lamas, iban en peregrinación al Urga, residencia de su pontífice supremo (*ku-tuk-ku*), y de aquí resultaban frecuentes conflictos que llamaron la atención de los dos gobiernos ruso y chino. Se abrieron conferencias con este motivo sobre el Selingá; se deslindaron los confines levantando columnas y se colocaron centinelas. Se designó á Kiakta para mercado común de las dos naciones, mientras que los chinos habitasen á Maimachin en aquel territorio, á trescientas sesenta leguas de Pekin. Hacen en particular el comercio privilegiado del ruibarbo, cuya semilla no han podido obtener los rusos por más que han hecho para conseguirlo: cambian además el té por plata, pieles y paños. El gobierno chino permite ir á Pekin cada tres años á los negociantes extranjeros de Kiakta, siempre que no pase su número de doscientos.

Kien-lung, que ocupó el imperio á la edad de veinte y seis años (1736), dejó que continuasen las persecuciones contra los misioneros. Los descendientes de Galdan, que habían inquietado varias veces las fronteras de la China, se hacían la guerra entre sí habiendo después asesinado á sus vecinos; un gran número de eleutos fueron, en su consecuencia, á reclamar la protección de Kien-lung, que por este medio extendió su autoridad sobre el territorio de aquéllos, pero los príncipes se irritaron de su dominación y se sublevaron, reuniendo muchas tribus que amenazaron al Asia con una invasión como la de Gengis-Kan. Los emperadores chinos hicieron frente al peligro y consiguieron, aunque con trabajo, someter aquellas hordas. El ejército manchú recorrió la Tartaria, y habiendo reunido los eleutos que quedaban, fueron condenados á muerte los jefes y desterrados los demás á países lejanos. De aquí resultó que los países musulmanes de Kasgar, Aksú, Yerki-yang y otros

(10) *Cartas edificantes*, tom. XVI, pág. 378.

anteriormente sometidos á los eleutos, quedaron sujetos al imperio chino, que se extendió, como en las épocas más gloriosas, hasta los confines de la Persia. Algunos príncipes turcos que habían ido en auxilio de la China, obtuvieron honores y mandos, y en 1759 reconocieron la soberanía de los manchúes muchas de sus tribus, conservando, no obstante, su gobierno propio. Se trazaron entonces dos caminos militares al través de la Tartaria, y todas las ciudades de la Bukaria fueron consideradas como incorporadas al grande imperio.

Kien-lung sometió el Tibet, en razón á que el general chino que había sido nombrado gobernador de aquel país concibió el proyecto de declararse independiente. Sucumbió, y cuando perdió la vida, quedó el país bajo la obediencia del dalái-lama nombrado por el gobierno de Pekin. Kien-lung salió á diez leguas de Pekin á recibir al general Chiaio hoei, y después de dar gracias al espíritu de la victoria, dispensó al general el honor de tomar el té con él y lo llevó en triunfo entre su familia.

No era ya difícil para la China mantener en la obediencia al centro del Asia. Diversas naciones musulmanas se habían consolidado al Oeste y los rusos extendían incesantemente sus conquistas. El buddismo procuraba tranquilizar las poblaciones que poco antes se hallaban inquietas, al mismo tiempo que la dirección marítima impresa al comercio ya no les ofrecía las seducciones de las grandes ganancias para entregarse al pillaje. De sus resultas disminuyó el número de estos nómadas, y perdieron aquella intrepidez y aquella unión tan necesarias para las grandes empresas. Los mongoles turgutos, que como hemos dicho, se habían refugiado en Rusia, fueron tratados como emigrados de quienes nada había que temer; se les sujetó al servicio militar, y fueron abrumados con cargas de toda especie. Dieron oídos con mucho gusto á los consejos de los lamas del Tibet y á las sugerencias del gobierno chino que los invitaba á volver (1770). Se fugaron secretamente cincuenta mil familias, y viajaron durante ocho meses al través del país de los kirghiz y á lo largo del lago Balkachí, llegando por fin al Ili, estenuados de fatiga y de privaciones, donde les aguardaba un oficial chino que les suministró en abundancia víveres y vestidos, y les asignó un territorio. Se habló mucho en la China de este acontecimiento. La ciudad de Ili, donde reside un gobernador con una guarnición para sujetar las hordas mongoles, es el lugar á donde se deportan los grandes criminales.

Los padres Hallerstein y Benoit presentaron á Kien-lung nuevos mapas de su imperio más completos que los precedentes. Este príncipe que vió coronadas por la victoria otras varias empresas, prohibió celebrarlas con gastos excesivos é inútiles lo mismo que sus aniversarios, los cuales señalaba, al contrario, haciendo beneficios. Para evitar

los desastres que ocasionaba el río Amarillo, mandó abrir un canal destinado á dar salida á las aguas; castigó las concusiones y la venalidad de los mandarines, vigilándolo todo en persona, aun cuando estaba en edad muy avanzada.

Abdicó en fin, en 1796, á favor de su hijo Kia-King, después de haber reinado sesenta años, teniendo ochenta y nueve cuando murió. Fué sin disputa uno de los más grandes príncipes de la dinastía manchú: de un carácter firme y de un espíritu penetrante: amaba á sus pueblos y los visitaba, no para aumentar sus cargas, sino para conocerlas y aliviarlas. Muchas veces perdonó grandes sumas que se adeudaban al Tesoro. Conservó la paz en el interior y terminó las conquistas en el exterior. La primera embajada inglesa fué recibida por él en 1793, y también la de la compañía holandesa de las Indias orientales en 1795. Dió orden para traducir al manchú las mejores obras chinas; fueron revisados los King y se hizo de ellos nuevas ediciones. Compuso prefacios, poesías y muchas historias; recogió monumentos antiguos y modernos añadiéndoles sus esplicaciones; y había principiado á formar una colección escogida de las mejores composiciones de la China, en ciento ochenta mil, y según otros, en seiscientos mil volúmenes, lo cual sería mucho aun siendo solamente buenas dichas obras.

Los emperadores han conservado de su origen manchú el uso de las cacerías, durante las cuales, viven por espacio de quince días como jefes de hordas tártaras: llevan consigo más de diez mil cazadores, que se alojan en tiendas ambulantes dispuestas á la tártara, es decir, sin más que algunos utensilios domésticos, algunos despojos de animales muertos por ellos y algunos arbustos en flor.

En cuanto al comercio, quedó abierto á los europeos en la ciudad de Canton, pero se les limitó el tiempo que podían permanecer allí, no pasando de doce el número de negociantes con quienes se les permitía hacer operaciones de tráfico, hasta 1792; después se aumentó el número hasta diez y ocho, entre quienes residía el monopolio; ellos solos servían para todos los negocios comerciales y respondían de todas las eventualidades. Los rusos llevaron á este mercado pieles de la Siberia y de las islas árticas, paños, flanela, terciopelos, lienzos toscos, cueros, cristal y perros de caza; esportaban algodón, té, porcelanas, juguetes, flores de mano, pieles de tigre y de pantera, arroz, almizcle, ruibarbo y materias colorantes (11). Los chinos se estienden además para hacer el comercio, por todos los mares de Oriente y por los principales puertos de la Malaasia y de la India Transgáutica. En el siglo pasado se apoderaron del comercio del reino de Siam y del imperio de Annam,

(11) En 1842 se calculó el valor del comercio entre la China y la Rusia en 2 868,333 rublos, sin contar el contrabando.

La principal esportacion es la del té, que suministra únicamente la China á la Europa y á la América. Esta hoja, de un uso muy antiguo entre los naturales, fué introducida por primera vez en Europa en 1610, por los holandeses. Los embajadores moscovitas le regalaron al czar una porción en 1638, y á los pocos años estaba ya extendido el uso del té en toda la Rusia. Apenas era conocido en Inglaterra en 1650, pero no pasó mucho tiempo sin que se le sujetase á un impuesto como el café y el cacao. La compañía de Indias creyó, sin embargo, hacer un buen presente al rey en 1664, ofreciéndole dos libras y dos onzas, pero en el transcurso del siglo pasado ha llegado á ser un objeto de primera necesidad. Desde 1710 hasta 1810 ha vendido en Lóndres la compañía setecientos cincuenta millones, doscientos diez y nueve mil, diez y seis libras en 929.804,595 esterlinas; y desde 1810 hasta 1832, más de ochocientos cuarenta y ocho millones, cuatrocientos ochenta mil diez y nueve libras: en 1837 despachó cincuenta y un millones de libras: así pues, el té ha producido á la real Hacienda un ingreso de 75.000.000 de pesetas.

Posteriormente á las embajadas de que ya hemos hablado, fué una de Portugal en 1722 para pedir protección en favor de los portugueses designados en el imperio. La corte admiró la gravedad del embajador don Metello, y su exactitud en el cumplimiento de las ceremonias, pero se escusó de hablar sobre materias de religión, porque le parecieron muy escabrosas. Los holandeses enviaron otra nueva embajada en 1796, que tuvo muy mala acogida, porque el imperio ya no los necesitaba. En el mismo año mandó la Inglaterra á la China á lord Macartney, hombre muy hábil, cargado de títulos y cruces, pero que no pudo obtener nada, aun cuando él creyó haber hecho mucho, porque evitó las genuflexiones. La Rusia mandó en 1806 una legación espléndida, compuesta de quinientas personas, pero cuando llegó á la gran muralla vino orden para que quedase reducida á sesenta; y como los que habían podido pasar adelante no quisieron someterse al *ku-tu* fueron despedidos sin ver la capital. La Inglaterra deputó de nuevo en 1815 una embajada de treinta y cinco personas, para terminar las diferencias, siempre crecientes, entre la China y la compañía

de las Indias: en el número de éstas se contaban lord Amherst, Sres. Allis y Morisson, con muchos factores de la compañía, gentes que en su calidad de mercaderes son despreciados en la China. Habiéndose negado á resignarse al *ku-tu*, llegaron, según escribió el emperador al despedirlos, *hasta las puertas de la morada imperial, sin poder levantar los ojos á la faz del cielo*. Los marinos que llevaron á la China al embajador Amherst examinaron sus costas todo cuanto pudieron, y algunos penetraron en el interior con la legación. Poseemos las relaciones de los viajes hechos á este país por Jorge Staunton (1797), Juan Barrow (1804), De Guignes (1808), Enrique Ellis (1817), Abel Clarke (1818), Timkovski (1827) y Davis (1837), pero repetiremos que á los extranjeros se les oculta la verdad, son engañados con frecuencia, y como ha confesado un chino *se les recibe como mendigos, se les trata como prisioneros y se les despiden como ladrones*.

Pero sea lo que fuere, lo cierto es que la China fué en un principio admirada, bajo la fe de Marco Polo, de Juan de Carpi y de Mandeville, como el país del oro y de las piedras preciosas: después fué representada bajo favorables colores por los misioneros, que esperaban hallarla dócil á sus elecciones; Voltaire, y otros filósofos de su escuela la describieron llena de Mencios y de Confucios, para censurar nuestra civilización, y al contrario, los negociantes de Macao y Canton, no menos injustos, hacen de ella un juicio que deduce lo general por lo particular. La guerra que hicieron los ingleses á la China en 1840, ó la abertura de sus puertos que fué la consecuencia, no consiguió convencer á los chinos, y fué necesaria otra intervencion armada de Francia é Inglaterra en 1860, la toma de Pekin y la destruccion del palacio imperial para imponer allí el respeto de las potencias de Europa. Después han enviado los chinos varias embajadas á los bárbaros, celebrando con éstos algunos tratados de comercio, han fabricado fusiles y cañones del modelo más reciente, elevado hilanderías de algodón y fábricas de tejidos, han instalado líneas telegráficas y han tomado parte en las exposiciones universales de Londres, Filadelfia, Paris y Barcelona.

La China, siguiendo el ejemplo del Japon, ha entrado en la vía del progreso.